

Emigración: Pérdidas y Oportunidades

Adriana Prengler¹

RESUMEN: Este artículo describe algunos aspectos del duelo que en distintos niveles produce la experiencia de emigrar, específicamente en relación a la identidad, a las relaciones objetales, la pérdida del lenguaje materno, y aspectos relacionados al vacío y confusión ante las diferencias culturales. La ilusión de seguir perteneciendo al viejo lugar hasta el momento en que se retorna es también considerada. Estos aspectos se ilustran a través del relato de algunas experiencias personales descritas por la autora.

PALABRAS CLAVE: Migración, Identidad, Perdida, Diversidad.

Cuando pensamos en el tema de las migraciones, lo primero que imaginamos es el cambio de lugar geográfico, a veces sin tomar en cuenta todo lo que este cambio implica en diversos niveles.

Mucho más allá que una mudanza de lugar, emigrar envuelve una de las experiencias vitales más traumáticas, implicando una separación y un duelo difícil de elaborar, ya que involucra no solamente perder un objeto amado y familiar, sino perder parte de la identidad. Es un duelo prolongado que se inicia con la separación y el desarraigo, y sigue por tiempo indefinido con el esfuerzo siempre presente de integrarse a un lugar extraño, poblado de gente con una cultura distinta, hábitos desconocidos, un idioma diferente (aun cuando fuese

1. Analista didacta de la Sociedad Psicoanalítica de Caracas y de la Northwestern Psychoanalytic Society and Institute (NPSI) en Seattle, Washington, donde es Profesora. También enseña psicoanálisis en Wuhan, China. Ha presentado trabajos psicoanalíticos en numerosos congresos nacionales e internacionales y publicado en diversas revistas psicoanalíticas sobre psicoanálisis aplicado y asuntos clínicos. En su práctica privada en Seattle, trabaja con adultos, adolescentes y niños. Vicepresidenta electa de la Asociación Psicoanalítica Internacional y presidenta del comité de reubicación de psicoanalistas emigrantes.

el mismo), códigos de comunicación ininteligibles, objetos, comidas, tradiciones, que toman toda una vida aprender y disfrutar.

Lo que antes era cotidiano se vuelve incierto, evocando un cuestionamiento constante que requiere un pensamiento y una decisión a cada paso, hasta para los actos más simples, aquellos que eran automáticos en el lugar de origen, como dirigirse de un lugar a otro, o realizar una compra cotidiana.

La historia y las costumbres que eran compartidas con la gente del lugar de origen, pierden su sentido en el nuevo lugar y lo que resulta elemental para los nativos, es una incógnita para el inmigrante. Se pierde el código común y se asoma la confusión, no solamente en espacio, sino en tiempo y persona.

En este duelo, a diferencia de otros duelos, no hay una pérdida real del objeto, porque al decir de Nicolussi (1996), el objeto no ha muerto, pero está en otro lado; es un objeto perdido que prosigue su existencia, pero separado del que emigra. Es como si perdiéramos un objeto de amor que sigue vivo en algún sitio, sin que podamos enterrarlo y al que ya no tenemos acceso. A diferencia de un duelo normal, no es el objeto quien deja al emigrante, sino el que emigra, quien deja al objeto, pero sin perder la esperanza de reencontrarlo en el futuro... algún día.

En el caso poco probable de que lleguemos a recuperarlo, nos enfrentaremos a la desilusión de que ese objeto ya no será el mismo, ya que habrá cambiado con el paso del tiempo, al igual que ha cambiado el emigrante, para quien el tiempo también pasa, a pesar de que pudiera vivirse como detenido.

Emigrar es entonces un proceso muy complejo, que involucra la pérdida de un lugar, de un tiempo histórico, del sentimiento de identidad y pertenencia, de la cultura, del idioma, de lo cotidiano. Es el desarraigo de la tierra que nos vió nacer, de los seres humanos amados, familia y amigos, todo lo cual infringe una profunda herida psíquica, que probablemente no deje de sangrar a pesar del paso de los años, y cuya cicatriz estará siempre presente y visible en la vida del inmigrante.

De todos estos aspectos, quizás uno de los más difíciles es la vivencia de pérdida de identidad. Se experimenta la sensación de no ser la misma persona que se fue en el lugar de origen. Al emigrar nos convertimos en un desconocido no solo para los demás, sino para nosotros mismos, ya que uno no se reconoce del mismo modo en el lugar de adopción. Inicialmente los nuevos vínculos son vividos como una fantasía que no promete permanencia, como si estuviésemos de vacaciones en un lugar extraño, anhelando regresar.

Quizás algunas experiencias personales ilustren estas ideas: habiendo nacido y crecido en la Argentina, emigré en mi adolescencia durante la dictadu-

ra militar. Mi destino fue Venezuela, una tierra que en ese momento florecía en democracia, libertad y prosperidad. Durante la luna de miel inicial, vivenciaba el nuevo hogar como unas largas vacaciones en un paraíso tropical, rodeada de verdes montañas, pájaros exóticos y una explosión colorida de flores trinitarias y palmeras, un sol radiante, gente amable y afectuosa, un mar cálido y transparente, calles vibrantes y llenas de vida. Sin embargo, pasado un tiempo “de vacaciones”, y aunque mi situación era favorable, me preguntaba: ¿Soy YO la misma persona que estuvo allá y ahora está aquí? ¿Quien soy aquí? ¿Quien era allá? ¿Me reconozco en este otro lugar? ¿Los demás me verán como creo que soy? Como si hubiera una brecha entre lo que fui y lo que ahora era, con la sensación de estar viviendo una fantasía de renacimiento, casi como si hubiera nacido de nuevo en un ambiente con otra gente, otro clima, un castellano que a veces no reconocía, una cultura distinta dentro del mismo continente.

Me animo a ilustrar esta vivencia con una experiencia personal durante una visita de vuelta a la Argentina, en ocasión del 37º congreso de la IPA en Buenos Aires. Subiendo en el ascensor de la sede del congreso junto con un grupo de congresistas, una mujer relataba algo en voz alta dirigiéndose a todo el grupo, que la escuchaba atentamente. La miré por un segundo e inmediatamente recordé su rostro: habíamos dejado de vernos cuando ambas teníamos unos ocho años de edad, y habían pasado otros 35. Habíamos ido juntas por un mes a un campamento infantil de verano, y nunca más nos habíamos vuelto a ver, pero por alguna razón, yo la había recordado durante mucho tiempo, y de adulta a veces me preguntaba qué habría sido de ella. Casi de manera automática y sin darme cuenta, interrumpí su conversación para preguntarle: ¿Vos no te llamás Diana? con la extraña sensación de haberla conocido en otra vida. Ella me miró apenas un instante y respondió muy segura: “Vos sos Lali Prengler”. Sentí que algo cambió en mí. ¡No podía creer que alguien a quien no volví a ver después de los 8 años de edad, me hubiese reconocido! Nos abrazamos y lloramos... bueno, en realidad lloré yo, mientras los presentes en el ascensor aplaudían emocionados.

Como inmigrante, este reconocimiento de otro puede operar como un momento psíquico estructurante: Si alguien me mira, si me reconoce después de muchos años, existo en la mente del otro, y el otro existe en la mía. Este momento produjo en mí una disminución de la brecha disociativa entre el antes y el después, lo que facilitaba para mí, la posibilidad de vivenciar un hilo vital continuo entre el “allá y entonces y el aquí y ahora, ¡Entonces soy la misma que se fue, me fui conmigo misma, existí antes de haber emigrado! Son los

otros quienes en gran medida aportan al sí mismo el conocimiento acerca de quien se es, devolviéndonos nuestra imagen, ya que el narcisismo se construye en la intersubjetividad.

Otra experiencia que define la vivencia de emigrar se refiere a los cambios en la cultura. Luego de haber vivido cuatro extraordinarias décadas en Venezuela, donde por fin comenzaba a sentir mis raíces crecer nuevamente con fuerza en ese paraíso tropical y donde había desarrollado mi vida personal y profesional, con familia y amigos, colegas y pacientes, tuve que tomar la forzada decisión de dejar el país. Habían transcurrido 10 años del régimen dictatorial en Venezuela, y no se veía la luz al final del túnel en un futuro cercano. Esta vez seguí aún más al norte, a USA, al hermoso Estado de Washington en la costa oeste. El choque cultural, viniendo de Venezuela, fue significativo. Venezuela, un país tropical, tiene un estilo personal también tropical, es decir, cálido, relajado, donde el tiempo es elástico y la expresión del afecto brota con la misma calidez que el clima. Por otro lado, la puntualidad y la planificación se vive en general con bastante flexibilidad, prevaleciendo la espontaneidad y la informalidad.

La ciudad de Seattle me abrió generosamente sus puertas, siendo invitada y muy bien recibida por el grupo de entusiastas analistas de la sociedad psicoanalítica del Noroeste NPSI, sumamente receptivos y abiertos a nuevas ideas y culturas. La diferencia entre mis dos sociedades psicoanalíticas de pertenencia en Caracas y en Seattle fue notoria. Los miembros en Seattle llegaban a las reuniones unos minutos antes de la hora pautada, y se sentaban silenciosamente, o apenas saludándose con un gesto o un breve intercambio de palabras, para mí, apenas perceptible, y esperaban el comienzo de la reunión a la hora exacta indicada, interviniendo luego uno a uno y sin interrumpirse.

Este otorgamiento del espacio para cada uno, se manifiesta de manera análoga en un mayor espacio también para la expresión física del afecto, donde es muy común saludarse silenciosamente y raramente besarse o abrazarse al llegar. En el espacio venezolano había menos distancia, no solo entre las intervenciones verbales de los miembros en las reuniones, sino también en la expresión de los afectos, ya que las reuniones científicas y administrativas incluían suficiente espacio para encontrarse, abrazarse, preguntarse por las vidas personales y la familia, tomar un café juntos, para luego comenzar la reunión más tarde que lo agendado y terminarla después de lo previsto.

Lo interesante es que, en la rutina cotidiana, uno no se plantea que la vida es distinta en otras partes, y sin darnos cuenta, asumimos el día a día como si el mundo fuese nuestro pequeño entorno y esperaríamos que otros institutos

psicoanalíticos funcionen parecidos al nuestro. La experiencia de inmigración nos hace más conscientes de la diversidad en muchos sentidos.

Otro aspecto que imprime en el inmigrante un sello de extranjero de por vida es el idioma de infancia. No por casualidad decimos que nuestro idioma natal es la “lengua materna”. El idioma es el vínculo con la madre de la infancia, con nuestra historia y nuestra identidad.

La comunicación verbal y no verbal que permitió un primer contacto con la madre, el otro primordial, se pierde parcialmente con la migración. La diferencia en el idioma será siempre una brecha que exigirá no poder dar por sentado lo que parece obvio y automático para los nativos del lugar. Para el inmigrante muchas palabras no tendrán el mismo significado, y aun otras, las que se aprenden en la infancia, probablemente serán siempre desconocidas por no haberse adquirido como parte del desarrollo infantil.

Por más que se aprenda el nuevo idioma, éste se hablará en la mayoría de los casos, al menos, con acento, y el inmigrante estará condenado a ser un extranjero cada vez que se exprese. En el manejo de los idiomas, tanto el de origen como el adoptado, se reflejará el grado de identidad y de adaptación al nuevo lugar.

A poco tiempo de haber comenzado mi práctica clínica en Seattle, una paciente en sesión me hablaba de “Mr. Rogers”, un personaje de la televisión de su infancia, como si yo lo conociera. Ella trataba de hacer una analogía entre el modo de educar a su hijo y este personaje famoso de USA. Obviamente ella asumía que Mr. Rogers era tan familiar para mí como para cualquier persona que haya crecido en USA. Pero Mr. Rogers, una figura obvia en su mente, no existe en la mía. Así como esta simple anécdota, tantas palabras y experiencias son obvias para las personas que comparten un idioma de infancia y cultura, pero son una incógnita para el inmigrante.

Desde una perspectiva distinta, el hecho de que el inmigrante no comparta un idioma ni historias comunes, puede tener el beneficio de tener que explicar lo que de otro modo sería asumido como obvio, con lo cual se abre la posibilidad de descubrir nuevos contenidos.

Por otro lado, resulta muy interesante con relación al lenguaje, que algunos temas que pudieran inhibirnos o avergonzarnos en el idioma materno, parecen despertar menos inhibiciones si se expresan en el idioma adquirido. Es como si tomáramos distancia de la vergüenza o angustia que indujo a la represión de estos contenidos infantiles, levantándose la represión de impulsos tanto sexuales como agresivos, cuando son formulados en un lenguaje extranjero. Como si la vergüenza y la angustia fueran percibidas también como un poco

ajenas o “extranjeras” a uno mismo, siendo posible expresar nuestros deseos agresivos o sexuales con menos inhibición que si fuesen formulados en el idioma materno. Weissmann (2018) alude a esto afirmando que “la nueva lengua burla los rigores del superyó, que permanecen vinculados inconscientemente a la lengua materna” (Lo público, lo privado. Migración/exilio y la pérdida de la lengua materna, para. 46). Esto, curiosamente, podría abrir la posibilidad de descubrir aspectos de sí mismo que quizás hubiesen quedado reprimidos si se hubiese permanecido en el lugar de origen.

La posibilidad de retorno es también un tema complejo. Debido a que en la migración el objeto perdido no ha muerto, sino que está en otro lado, se anhela reencontrar ese objeto en algún lugar del tiempo, tal como se le dejó. Pero cuando por fin se retorna al objeto, éste ha cambiado y es probable que ya no se reconozca como propio. Mientras no se retorna, se puede albergar la ilusión de que todo se ha mantenido tal cual lo dejamos, congelado en el tiempo, pero una vez reencontrado, lo hemos perdido para siempre.

Reseño esta experiencia del retorno con otra vivencia experimentada cuando por fin, luego de más de una década de haber emigrado por primera vez, retorné a la Argentina de visita. Aunque la democracia acababa de regresar al país y con ella, la libertad y la paz, tanto el país como yo habíamos cambiado. Mi objeto perdido y anhelado había dejado de existir, tal como lo dejé. Ahora quedaba confirmado que yo era una extranjera en mi propio lugar; las calles cambiadas, algunos amigos de mi adolescencia irreconocibles. Ya no estaban el kiosquito ni la panadería de la esquina, donde todos los días me paraba a comprar chocolates, y yo misma me percibí como un gigante cuando traté de volver a subirme en los caballitos de madera que seguían dando vueltas en la calesita de mi infancia.

Y lo mismo me sucede cada vez que vuelvo a Venezuela, mi primer país de adopción donde viví cuatro décadas, país que representaba para mí la paz y la alegría, la espontaneidad, el sol y el Caribe, y hoy se ha transformado en un ambiente generalizado de muerte, miseria, tristeza y corrupción, donde la gran mayoría de la población lucha por sobrevivir diariamente para conseguir alimentos y medicinas. Volver es nuevamente retornar a un lugar que muy poco se parece al que dejé, repitiéndose la imposibilidad de reencontrar el objeto perdido, como la madre omnipotente de la infancia que se pierde para no volver a reencontrarse.

¿Qué es en realidad lo que el inmigrante pierde con lo perdido? Si perdemos ese objeto que nunca podremos reencontrar y perdemos a la persona que nunca volveremos a ser, ello igualmente se pierde de manera natural en aquel

que simplemente crece y madura sin haber emigrado. Pero es que la migración nos enfrenta a ello de manera traumática, sin esperar a que el tiempo llegue. También se pierde aquello que se hubiera esperado vivir y no se pudo vivir de la manera imaginada, sino de otro modo, en otro lugar, rodeado de otras personas.

Nada volverá a ser lo mismo, ni las personas dejadas, ni el lugar, ni los objetos, pero tampoco quien ha emigrado. El objeto no estuvo muerto, y por eso cambió; no pudo ser congelado en el tiempo, y ahora resulta familiar y extraño a la vez, conocido y desconocido. Pero el inmigrante, si logra elaborar el duelo por la separación y por estos objetos perdidos, podrá encontrar la vía libre para sentir sus taladas raíces crecer lentamente y anclarse en el nuevo lugar.

El que inmigra jamás dejará de ser un inmigrante, ya que nunca pertenecerá totalmente a su nuevo mundo, y tampoco recuperará su pertenencia al antiguo lugar, tal cual lo dejó. Habrá dejado de vivir experiencias que le tocaba vivir en el viejo lugar, y tendrá en su haber, otras experiencias que no hubiera vivido de no haber emigrado. Retornar será una nueva inmigración, y la tierra adoptiva ahora amada y dejada, le traerá la antigua nostalgia que una vez conoció al emigrar.

Sea que se decida o no retornar, al decir de Achard y Galeano (1983) “El individuo que se sobrepone exitosamente a la experiencia desgarradora de la pérdida del marco referencial, de la aniquilación de sus vínculos objetales externos, de la desorganización de su identidad, de la destrucción de sus pautas de conducta, de la ruptura de la racionalidad de su mundo; si llega a configurar una nueva identidad, adquiere, sin duda una riqueza inmensa” (p.412).

Todas estas experiencias, consecuencias de la vivencia de desarraigo y del doloroso abandono del idioma de infancia, contribuyen paradójicamente a desarrollar una genuina capacidad para aceptar y disfrutar de la diversidad humana y cultural, lo que se traduce en un yo fortalecido que se agrega a lo que ya se era.

Emigração: Perdas e Oportunidades

RESUMO: Este artigo descreve alguns aspectos do luto que, em diferentes níveis, se produz a partir da experiência de migração, especificamente no que tange à identidade, às relações objetais, à perda da língua materna e a aspectos relacionados ao sentimento de vazio e confusão diante das diferenças culturais. É também explorada a ilusão de continuar pertencendo ao lugar de origem, sentimento presente enquanto não se retorna. Estes aspectos são ilustrados a partir do relato da experiência pessoal do autor.

PALAVRAS-CHAVE: Migração, Identidade, Perda, Diversidade

Emigration: Losses and Opportunities

SUMMARY: *This article describes some of the psychological effects of emigration in relation to identity, object relations, the loss of the mother tongue, and feelings of emptiness and confusion in the face of cultural difference. Also considered is the illusion of continuing to belong to the old place until one returns to that place. These psychological aspects are illustrated with personal experiences described by the author.*

KEY WORDS: *Migration, Identity, Loss, Diversity.*

Referências

- Achard de Maria, L.; & Galeano, J. M. (1983). Vicisitudes del inmigrante. *Revista de Psicoanalisis*, 40 (2), (Mar-Abr), 409-417.
- Nicolussi, F. (1996). Reflexiones psicoanalíticas sobre la migración. *Revista de Psicoanálisis*, 53 (1). (pags 323-340).
- Weissmann, L. (2018). *Lo público, lo privado. Migración/exilio y la pérdida de la lengua materna*. Disponível em <http://tend.uy/articulos/migracion-exilio-y-la-perdida-de-la-lengua-materna/>. Acessado em Revista #2 (Online), 25 de março de 2019.

Recebido: 18/02/19

Aceito: 17/06/19

Adriana Prengler
4096 173rd PL SE.
Bellevue, WA 98008. USA
lalipren@gmail.com